

Rafael Sánchez Ferlosio

El escudo de Jotán

Cuentos reunidos

**Edición al cuidado de Ignacio Echevarría**

Primera edición en Debolsillo: septiembre, 2015

© 2015, Rafael Sánchez Ferlosio

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9062-814-0

Depósito legal: B-15.759-2015

Compuesto en Edimac

Impreso en Novoprint

Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 6 2 8 1 4 0

## NOTA DE LOS EDITORES

Aunque perteneciente a una generación de escritores pródiga en cuentistas excelentes (algunos de los cuales, como Ignacio Aldecoa, Medardo Fraile y Jesús Fernández Santos fueron buenos amigos suyos), Rafael Sánchez Ferlosio ha sido él mismo un cuentista ocasional, cuya contribución a este género —el del cuento o relato breve— apenas suma una docena de piezas, buena parte de ellas reunidas en el presente volumen, en el que se dan cronológicamente.

Conviene recordar, así y todo, que fueron dos cuentos los primeros textos publicados por el autor, muy joven aún, ambos en *La Hora. Semanario de los Estudiantes Españoles*: «El sueño» (núm. 6, 10 de diciembre de 1948) y «El caballero de oro» (núm. 41, 11 de diciembre de 1949). Poco después aparecería *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Talleres Gráficos Cíes de Madrid, 1951), libro que si bien suele pasar por novela, fue saludado cuando su aparición, no sin razones, como un «bellísimo collar de cuentos» (así lo describía Ramón de Garciasol en una reseña publicada en *Ínsula*, IV, núm. 58, 15 de agosto de 1951, p. 4). Por aquel entonces,

Sánchez Ferlosio frecuentaba un grupo de estudiantes más o menos letraheridos que se aglutinarían en torno a *Revista Española*, fundada en 1953 por Antonio Rodríguez Moñino. En esta efímera pero fundamental revista, anunciadora de una nueva sensibilidad literaria en la España de la posguerra, Sánchez Ferlosio publicaría dos nuevos relatos: «Niño fuerte» (núm. 1, mayo-junio de 1953) y «Hermanos» (núm. 4, noviembre diciembre de 1953). En «Niño fuerte» se reconoce todavía al autor de *Alfanhuí*; el relato pertenece sin duda a la primera fase de la escritura ferlosiana, caracterizada, según él mismo, por la tendencia a incurrir en «la prosa», o sea la «bella página». «Hermanos», en un estilo mucho más realista, «roza de forma algo tosca la cuestión del enfrentamiento entre la ley y la sangre y el sentimiento de justicia, o sea, entre clan y ciudad, que no dejará de aparecer luego en varios ensayos del autor» (Dilo Manera, «Animales, piedras y un robo», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 50).

Poco después se embarcaría Ferlosio en la redacción de *El Jarama*, que empezó a escribir recién terminado un relato en el que se prefigura ya el estilo de la novela: «De cinco a seis» (*Ateneo*, núm. 72, 8 de diciembre de 1954). La amplia resonancia de *El Jarama* tendría un impacto paradójicamente negativo en la trayectoria narrativa del escritor, quien, resuelto a eludir «el grotesco papelón del literato» que «se cernía como un cuervo» sobre su cabeza, no tardaría en sumirse en un prolongado y desconcertante silencio. Antes de eso, sin embargo, publicaría aún otros dos relatos, escritos en la estética objetivista que promovió *Revista Española* y que *El Jarama* consolidó: «Dientes, pól-

vora, febrero» (*Papeles de Son Armadans*, núm. 1, abril de 1956) y «Y el corazón caliente» (*ABC*, 20 de mayo de 1956).

Estos dos relatos del año 1956 son los que abren el presente volumen, del que quedan excluidos los cinco anteriores (los dos de *La Hora*, los dos de *Revista Española* y el de *Ateneo*). El autor nunca ha consentido rescatar ninguno de éstos por considerar que «no valen nada» y albergar respecto a ellos un agudo —y no del todo infundado— sentimiento de vergüenza. Por el contrario, la segunda edición de *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, publicada por Destino en 1961 (como núm. 200 de la colección «Áncora y Delfín»), incluía, a modo de complemento —y con la probable intención de aumentar el grosor del libro—, «Y el corazón caliente» y «Dientes, pólvora, febrero», que en las sucesivas reimpressiones del volumen en esa misma colección continuaron publicándose junto a la novelita.

Más allá de los motivos técnicos que pudieran determinarla, no deja de resultar chocante la decisión de reunir en un mismo volumen tres piezas de índole tan dispar. Aunque sólo median cinco años entre *Alfanhuí* y los dos cuentos que se le adosaron, una y otros obedecen a estéticas radicalmente distintas. De hecho, cabría decir que pertenecen a diferentes modalidades épicas —y por supuesto estilísticas. *Alfanhuí*, relato de formación, es, aun a pesar de su tendencia al preciosismo estilístico, una narración de corte tradicional y sabor levemente arcaico; evoca muy a su manera el viejo arte de contar historias, del que Walter Benjamin decía que era «una forma artesanal de la comunicación». La crítica ha reconocido en esta novelita ecos de los cuentos nórdicos y orientales, y la ha relacionado con la

literatura fantástica e infantil. En un importante pasaje de la novela (II, 7), el mismo Alfanhuí, su protagonista, se mira en un espejo y exclama: «¡Qué antiguo soy!». Y algo de esa antigüedad impregna su propio relato. En el texto abundan las situaciones de escucha, entre las que cabe destacar muy particularmente el pasaje en que Alfanhuí, a escondidas, alimenta con ramas de romero el brasero de su abuela para que ésta, estimulada por el aroma, se ponga a contar acerca «de sus mocedades, de cuando se vestía de blanco y de verde» (III, 8). La escena es arquetípica de las viejas narraciones orales, cuya fuente solía ser, según Benjamin, «la experiencia que corre de boca en boca».

La lectura de «Y el corazón caliente» y «Dientes, pólvora, febrero» supone el ingreso en un ámbito narrativo —y retórico— completamente distinto. El contraste es tan acusado como el que se da entre *Alfanhuí* y *El Jarama*, novela esta última en cuya estela fueron escritos estos dos relatos, si bien en ellos la materia narrativa no está puesta, como en la novela, tan al servicio del habla de los personajes. Se trata de dos impecables ejemplos del objetivismo en boga en aquellos momentos, practicado en el caso de Sánchez Ferlosio con rigor y austeridad que obvian las connotaciones críticas, denunciatorias, tan frecuentes en los relatos de esta escuela. Después de estos dos cuentos, el autor abandonaría definitivamente la manera en que fueron escritos. Es posible que entre sus papeles se conserven borradores de otros relatos contemporáneos a éstos y de corte parecido (como se conservan, al parecer, un par de novelas escritas en relativa continuidad a *El Jarama*), pero, de ser así, ninguno ha visto la luz.

El tercero de los relatos incluidos en este volumen —y el que le da título— es muy posterior a estos dos primeros. Por medio queda la etapa «anfetamínica» del autor, esos quince años dedicados a lo que él mismo ha llamado con humor «altos estudios eclesiásticos», ocupados en interminables sesiones «de lecturas y escrituras gramaticales» («La forja de un plumífero», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 76). «El escudo de Jotán» se publicó originalmente en el diario *El País*, el 18 de mayo de 1980. Poco antes, en enero de 1980, en el número 14 de la revista *Nueva Estafeta*, había aparecido un extraño texto que se presentaba como «Libro primero» de una «Historia de las Guerras Barcialeas». En el entorno del escritor corría desde hacía tiempo el rumor de que éste se hallaba embarcado en un magno proyecto narrativo titulado de ese modo. El relato aparecido en *El País* parecía certificar el esperado «retorno» de Sánchez Ferlosio a la narrativa, después de un largo silencio («un explosivo silencio», según la redacción del diario) que había dado pie a todo tipo de especulaciones. Pero «El escudo de Jotán» no se encuadraba en aquella «Historia de las Guerras Barcialeas», por mucho que la imaginación que lo anima comparta ciertos rasgos con aquélla, entre ellos un marco de referencias intemporal, o más bien ahistórico, en el que los acontecimientos se desarrollan con una cadencia épica, haciéndose empleo de un lenguaje de ademanes arcaizantes, impregnado de solemnidad. En el caso de «El escudo de Jotán», esta solemnidad aparece transida de ironía, y el relato en cuestión configura una especie de humorístico y enigmático apólogo cuyo antecedente más directo segura-

mente sean algunas bien conocidas fábulas de Kafka, en particular «Durante la construcción de la muralla china» o «Un mensaje imperial». No en vano Franz Kafka se cuenta entre los escasísimos narradores que Ferlosio, poco aficionado a la lectura de ficción, declara haber leído y releído con fruición. (En el ya citado «La forja de un plumífero», p. 81, dice haber releído cinco y hasta siete veces obras como *América*, «Josefina la cantante o el pueblo de los ratones» o «En la colonia penitenciaria».) El apólogo kafkaiano quizá sea el patrón narrativo por el que Ferlosio —a su vez lector agradecido y muy aprovechado de textos clásicos como *Calila e Dimna* o *El conde Lucanor*— ha mostrado mayor preferencia, sobre todo en su etapa más tardía.

En 1983, tres años después de su publicación en *El País*, la editorial Alfaguara hizo una edición suelta de «El escudo de Jotán», con ilustraciones de Antonio Cobos. La edición se enmarcaría en la misma colección de literatura infantil y juvenil en la que para entonces ya había aparecido el cuarto de los relatos aquí recogidos, «El huésped de las nieves» (Alfaguara, Madrid, 1982), acompañado en aquella ocasión con ilustraciones de Ricardo Bustos. Sánchez Ferlosio ha consentido de mala gana recuperar este relato, escrito ex profeso para dicha colección. Lo considera «cursi», «edulcorado» y, por si fuera poco, malogrado, debido a que, destinado supuestamente a lectores de poca edad, emplea un lenguaje adulto, a sus ojos demasiado literario. Pero es bien conocida la severidad con que Sánchez Ferlosio suele enjuiciar su propia obra. Como el lector tendrá ocasión de comprobar, «El huésped de las nieves» es un relato encantador, modélico en su género, en el que concurren tres ras-

gos recurrentes en la obra entera —y no sólo la narrativa— de su autor: la atención a la infancia, la atracción por los animales y la afición por las formas narrativas tradicionales («Había una vez, por los Montes de Toledo...»), ya patente, conforme se ha dicho, en *Alfanhuí*.

Con excepción de *El Jarama* y los relatos escritos en su estela, casi toda la narrativa de Ferlosio es fronteriza de lo que cabe entender, sin ninguna condescendencia, como literatura juvenil. En el número 1 de la *Revista Española*, de mayo-junio de 1953, se daba, en versión al castellano de Ferlosio, la primera entrega de «Toto el bueno», relato de Cesare Zavattini que sirvió de inspiración a la película de Vittorio de Sica *Miracolo a Milano* (1951), con guión del propio Zavattini. El relato iba precedido de una nota de la redacción —presumiblemente escrita por el propio Ferlosio— en la que se aludía a la decepción de Zavattini cuando comprobó que su relato, dirigido originalmente a los niños, no causaba entre éstos mayor entusiasmo. «Tal vez esto se deba —especulaba el autor de la mencionada nota— a que el contenido de este cuento sea demasiado grave para niños, y es posible que los niños tengan derecho a no comprender nada que turbe su bienestar. Queda por averiguar hasta qué punto alcanza este derecho a los niños de cuarenta años.» En la misma nota se recordaba que, al publicar su cuento en forma de libro, Zavattini lo hizo preceder de la siguiente advertencia: «Libro para niños, que pueden leer también los adultos». Una advertencia que bien podría anteceder a varios de los cuentos de Ferlosio.

Como «El escudo de Jotán», también «El reincidente», la quinta de las piezas aquí presentadas, se publicó original-

mente en el diario *El País*, el 13 de diciembre de 1987, esta vez en las páginas de «Opinión», un dato que conviene tener presente. Más adelante, cuando se publicaron en Destino dos gruesos volúmenes que reunían buena parte de sus *Ensayos y artículos* (1992), Ferlosio empleó este relato como prólogo a una sección del volumen primero, titulada asimismo «El reincidente» (y en la que, en continuidad a *La homilía del ratón*, recogía también artículos en que se ocupaba de asuntos de actualidad nacional e internacional). Es decir que por segunda vez publicaba el relato en un marco no literario, sino más bien ligado a su faceta de analista, polemista y comentarista de temas de actualidad. En más de una ocasión Ferlosio se ha manifestado especialmente satisfecho con esta parábola, que a su manera replica el célebre apólogo kafkiano titulado «Ante la Ley», y en la que cabe reconocer —bien que muy sutilmente— una suerte de «poética» personal.

«El reincidente» aún volvería a publicarse por tercera vez en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (Destino, 1993), volumen de «pecios» al que se añadía también, como si de un pecio más se tratara, «El escudo de Jotán». En una nota al pie, Ferlosio daba cuenta de la previa publicación de «El reincidente» en el primer tomo de *Ensayos y artículos*, para decir que, una vez cumplida allí su misión de prologar el bloque de artículos recogido bajo ese mismo título, el texto se reintegraba a «su sede natural». Tiene interés que Ferlosio dijera que la «sede natural» tanto de «El reincidente» como de «El escudo de Jotán» eran sus colecciones de pecios. Sobre éstos se ha dicho que «no obedecen a una fórmula homogénea», sino que «mezclan re-

flexiones, esbozos ensayísticos, recuerdos, comentarios, epigramas, donaires, apólogos poemas...». Lo que aún todo ese material es su condición precisamente de «pecios», es decir, de «restos de una nave naufragada o de lo que iba en ella», conforme a la definición del diccionario de María Moliner. De lo que cabe colegir que, salvo excepciones contadísimas, los escasos relatos que Sánchez Ferlosio ha dado a la luz en las últimas décadas (por no decir, con más propiedad, a lo largo de toda su trayectoria) admiten ser considerados todos ellos como eso mismo: pecios, restos o vestigios de una natural y recalcitrante inclinación a narrar que, por razones difíciles de precisar (razones de naturaleza tanto intelectual como idiosincrásica), habría quedado en Ferlosio reprimida, desplazada o simplemente distraída por otros intereses y ocupaciones.

«Plata y ónix», el siguiente relato recogido en este volumen, posiblemente sea el más extraño al conjunto, dada la aparición en él de un elemento abiertamente fantástico (la aparición de un demonio, encargado de «comprar» almas para el infierno). El origen del relato (publicado originalmente en *La Estafeta Literaria*, núm. 268, 22 de junio de 1993) es una anécdota real oída por el autor durante una excursión a Asturias. Se trataba de una anécdota relativa a la pesca del salmón y a la obsesión a que puede dar lugar entre algunos de los aficionados a ella. Ferlosio recoge la anécdota y la emplea para ilustrar un tema muy querido por él, presente a lo largo de toda su obra: la condición irrepetible de «cuanto alienta bajo el lánguido arco de oro del tiempo consuntivo y está marcado por el dulce, amargo sino de la caducidad» (*Las semanas del jardín*, Nostromo, 1974). El relato

consiste propiamente en una ilustración de este motivo, tratado por Ferlosio en no pocos de sus ensayos y pecios, en los que «el antiguo y recurrente pleito entre los bienes y valores», entre el *tiempo consuntivo* y el *tiempo adquisitivo*, constituye un asunto vertebral.

Las dos últimas piezas narrativas que integran este volumen, «Cuatro colegas» y «Carta de provincias», están dedicadas, respectivamente, a Medardo Fraile y a Miguel Delibes, dos narradores con los que Ferlosio mantuvo amistad y a los que apreciaba. «Cuatro colegas» fue la contribución que hizo Ferlosio a un volumen conmemorativo de los *50 años del Premio Nadal* (Destino, 1994). Se trata de una humorada con la que insiste en un asunto al que ha dedicado atención más de una vez: el de la simpatía. Hay un pecio, incluido ya en *Vendrán más años malos...* y recogido de nuevo en *Campo de retamas* (Literatura Random House, 2015), que sirve de eficaz complemento o comentario a esta viñeta narrativa. Empieza así: «No hay nada que pueda impresionarme tan desfavorablemente como el que alguien trate de impresionarme favorablemente. Los simpáticos me caen siempre antipáticos; los antipáticos me resultan, ciertamente, incómodos en tanto dura la conversación, pero cuando ésta se acaba se han ganado mi aprecio y simpatía...» (p. 109). Vale la pena contrastar los dos textos —el de «Cuatro colegas» y el de este pecio— para apreciar de qué modo un pensamiento más o menos parecido se modula distintamente, siempre en las fronteras de lo narrativo con lo confesional y reflexivo.

«Carta de provincias», última de las ocho piezas que integran este volumen, se publicó originalmente en *ABC* el

24 de julio de 2004. Por aquellas fechas, Miguel Delibes acababa de publicar *Muerte y resurrección de la novela* (Destino, 2004), libro en el que reunía diversas notas y apuntes sobre novelistas españoles, de algunos de los cuales trazaba breves semblanzas. Entre ellas, la de Rafael Sánchez Ferlosio, a quien Delibes prodigaba elogios superlativos. Conmovido y agradecido por las palabras de Delibes, Ferlosio se apresuró a ultimar «un cuentecito que tenía empezado», con el objeto de dedicárselo (con tanto más motivo en cuanto en él se alude a la organización de una partida de caza, siendo bien conocida la mucha afición de Delibes por la caza menor, afición que Ferlosio compartió durante su juventud, en la que, fiado de su buena puntería, solía ir de caza por el campo extremeño, al acecho de conejos, liebres, perdices y becadás). El «cuentecito», al igual que «Dientes, pólvora, febrero», tiene por asunto la cacería de un lobo. De hecho, hay indicios para sostener que «Carta de provincias» es un relato escrito con el recuerdo muy presente de ese otro publicado casi medio siglo antes. La lectura sucesiva de los dos potencia la carga irónica del segundo, en el que la mujer que por carta da cuenta a su hijo del alboroto que en el pueblo ha provocado la presunta presencia de un lobo, le dice cómo su padre, al tener noticias de ello, se subió a una peña para otear: «Se debía acordar de aquellos años, cuarenta o más harán, en que fue concejal y luego alcalde, que andaba el lobo muy crecido, y los pastores tenían mucha fuerza para hacerse oír».

Si a «Dientes, pólvora, febrero» y «Carta de provincias» se suma «El reincidente», son tres —sobre ocho— las piezas de este volumen que tienen lobos por protagonistas. Un

dato que sugiere una particular querencia de Ferlosio por este animal, en el que él mismo reconoce una «figura característicamente infantil y que al menos en Occidente se erige en arquetipo del animal selvático, o mejor todavía “no doméstico”, amén de ser tan mitológica como la del bosque, con el que tan estrechamente se vincula». Danilo Manera ha especulado con la posibilidad de que la atracción que el lobo ejerce sobre Ferlosio se deba a que en él mismo se da «una suerte de “selvaticidad” que lo mueve a contraponer la naturaleza a la civilización, prefiriendo lo espontáneo e imprevisible a lo condicionado y previsible» («Rafael Sánchez Ferlosio e i lupi», prólogo a *Elogio del lupo*, Vascello, Roma, 1991). Palabras quizás algo subidas de tono, pero que brindan un plausible marco interpretativo –muy vago, eso sí– para las tres piezas narrativas que tienen al lobo por protagonista. Y no sólo para ellas: también para relatos como «El huésped de las nieves» o como «Plata y ónix», en los que las figuras del ciervo y del salmón, respectivamente, constituyen otras tantas representaciones genuinas de una naturaleza de la que el hombre adulto permanece dolorosamente enajenado.

Aunque divulgados en diferentes antologías del cuento español de posguerra (como la que preparó Jesús Fernández Santos para Taurus, en 1963, o la de Medardo Fraile para Cátedra, en 1986), los cuentos de Rafael Sánchez Ferlosio sólo en una ocasión previa a ésta han sido reunidos en un mismo volumen, si bien de manera algo abigarrada. Bajo el título *El geco. Cuentos y fragmentos*, la editorial Destino

publicó en 2004 un conjunto muy heterogéneo de piezas breves, más o menos narrativas, de muy diversa procedencia. Entre ellas se contaban siete de las ocho piezas aquí recogidas (con excepción de «El huésped de las nieves»). A ellas se añadían ocho más, cuya inclusión en este volumen ha sido descartada por diferentes razones, que se especifican a continuación.

«De los vicarios del nombre de la cosa maligna» (texto publicado originalmente en la revista *Poesía*, núm. 1, marzo de 1978) es una consideración lingüística que en absoluto permite ser tomada por un relato, por amplio que sea el concepto que uno se haga de este término.

«Los lectores del ayer» y «Los príncipes concordes» son dos fragmentos segregados de esa inconclusa «Historia de las Guerras Barcialeas» a la que se ha hecho ya referencia, y a la que también pertenece *El testimonio de Yarfoz* (1986). El primero de estos fragmentos se publicó, como ya se ha indicado, en *La Nueva Estafeta*, en 1980, y el segundo apareció por vez primera en *El gecko*. Dada su condición fragmentaria, no parece adecuado darlos aquí como relatos autónomos. Más apropiado sería reunirlos en un volumen junto al *Testimonio de Yarfoz* y otros pasajes de la «Historia» que permanecen inéditos; un proyecto al que Ferlosio se resiste de momento, pero que los editores no desesperan de ver cumplido algún día.

Finalmente, «El peso de la Historia», «Teatro Marcello, en la ciudad de Roma», «La Gran Muralla», «El pensil sobre el Yang Tsé o la hija del emperador» y «Fragmento de una carta de Yndias» se cuentan entre los pecios recogidos en *Vendrán más años malos...*, primero, y más reciente-

mente en *Campo de retamas*. Bastaría esto último para justificar no repetirlos aquí (al margen de otras consideraciones puntuales, como la de que «Fragmento de una carta de Yndias» sea, en rigor, una cita literal y sucinta de eso mismo: una carta de Indias escrita por Francisco Peña en 1589). Pero hay que admitir que las cuatro primeras piezas no desentonarían junto a las reunidas en el presente volumen, en el que, como ya se ha visto, se incluyen otras dos —«El escudo de Jotán» y «El reincidente»— que en su momento el autor también dio como pecios. Lo determinante, en este caso, es la decisión de Ferlosio de segregar estas dos piezas del corpus revisado y puesto al día de sus pecios (*Campo de retamas*); una decisión que —más allá de lo dicho más arriba acerca de la común condición de pecios que en cierto modo comparten todos los cuentos y relatos de Ferlosio— autoriza el darles sitio aquí.

El criterio que conforma el presente volumen es, como se ve, más estricto y restringido que el de *El geco*. Descontando pecios y fragmentos, se dan aquí *todos* los cuentos, fábulas y relatos escritos por Rafael Sánchez Ferlosio, excepción hecha de un puñado de textos primerizos que sólo tienen un interés «arqueológico» —por así decirlo— para los estudiosos. Se trata, en definitiva, de la suma más neta, cabal y completa de la narrativa breve de Ferlosio, entendiendo por tal aquella que en la actualidad el autor suscribe y reconoce como propia.

Por lo demás, conviene alertar de los peligros a que se aboca cualquier intento de ampliar el exiguo corpus constituido por las piezas aquí reunidas. Como ha escrito Javier Fernández de Castro, expresando con particular contun-

dencia una idea compartida por no pocos lectores y comentaristas de la obra de Ferlosio, todo lo que éste ha escrito delata siempre ser «obra de un narrador» («La desmesura del narrador», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 58). De ahí que resulte tentador segregar de su contexto pasajes narrativos susceptibles de funcionar autónomamente, dada la tendencia del Ferlosio ensayista a la digresión anecdótica o confesional, en las que esas trazas de narrador lucen muy portentosamente. Del mismo modo que cabría espigar de aquí y de allá, a lo largo de toda la obra de Ferlosio, numerosos fragmentos en que habla de sí mismo y de su vida, constituyendo de ese modo una especie de «memorias» involuntarias, cabría hacer lo mismo con un sinfín de pasajes netamente narrativos, que engrosarían sensiblemente un volumen de narraciones breves desentendido de la condición de dar únicamente aquellas que han sido pensadas como tales. Baste pensar en el memorable y desternillante «Diálogo del Gran Café Nápoles» inserto en «El caso Manrique», uno de los apéndices de *Las semanas del jardín*. O en artículos como «Weg von hier, das ist mein Ziel», que se daba «a manera de epílogo» en *La homilía del ratón* (1987).

Abundan los textos de Ferlosio que abonan lo que dice Fernández de Castro acerca de «la inutilidad y la desconsideración inherentes a cualquier distinción entre ensayo y ficción» cuando se trata de un autor como él. Algo especialmente patente, como es de esperar, en el *totum revolutum* de los pecios. Pero no tiene sentido llevar estas consideraciones demasiado lejos. Menos aún si se tiene en cuenta que el propio Ferlosio es el primero en prestar atención a la

especificidad de los distintos géneros narrativos, acerca de los cuales propuso en su día el siguiente «esquema», publicado en el diario *El País* el 24 de agosto de 1996:

Habría, en un principio, una posibilidad de definir y distinguir entre sí de forma extremadamente inequívoca y rigurosa, los géneros narrativos que llamamos «fábula», «cuento» y «novela», a partir de las puras fórmulas lingüísticas que caracterizan sus respectivos modelos ideales. El protagonista de la fábula es el universal, como lo prueba el que ya lleve artículo determinado en su agnición o primera aparición; sólo el universal, por cuanto comporta el acto intencional que refleja la mención sobre la lengua misma, constituye, en efecto, en «personaje» un ser ya conocido para todo oyente: «El cordero bajó a beber al río; el lobo, que estaba bebiendo aguas arriba de él, le dijo...». El protagonista del cuento es, en cambio, un particular individual indefinido, como lo prueba el que su mención de agnición se componga de un nombre común precedido de artículo indeterminado: «Había una vez un molinero que tenía una mujer joven y hermosa...». El protagonista de la novela es, finalmente, un individuo definido (a menudo hasta «históricamente» definido en mayor o menor grado), como lo prueba el hecho de que ya en su agnición aparezca mentado con un nombre propio seguido, incluso, con frecuencia de apellido: «Cuando Karl Rossmann —muchacho de dieciséis años de edad a quien sus pobres padres enviaban a América porque lo había seducido una criada— entraba en el puerto de Nueva York, a bordo de aquel vapor, que ya había aminorado su marcha, vio de pronto la estatua de la

diosa de la libertad, que desde hacía rato venía observando, como si ahora estuviese iluminada por un rayo de sol más intenso; su brazo con la espada se irguió como con un renovado movimiento, y en torno a su figura soplaron los aires libres». No hace objeción el hecho de que en la novela el nombre propio pueda ser reemplazado por un «yo», y tanto menos si se considera lo inconcebible de una fábula en primera persona y la difícil aceptación de un relato con esa misma identificación de narrador y personaje bajo el modelo más arquetípico del «cuento».

Ya he advertido al principio que estas caracterizaciones sólo pretenden definir «modelos ideales» de los tres géneros narrativos en cuestión. La recurrencia de toda suerte de hibridajes (por lo demás, inexistentes o totalmente anómalos en el caso de la «fábula») en la historia de la literatura no quita, a mi entender, la utilidad analítica del criterio puramente lingüístico que determina estas tres definiciones.

Por supuesto que este esquema no impide reconocer en la obra tanto narrativa como ensayística de Ferlosio «toda suerte de hibridajes», pero da clara cuenta de la conciencia muy lúcida con que Ferlosio incurre en una u otra modalidad, e invita a ensayar, a la luz de estas definiciones, la adjudicación de las distintas piezas aquí reunidas a los patrones bien diferenciados que las determinan: la fábula, el cuento y el relato novelesco, siendo la primera aquella por la que Ferlosio parece sentir una más natural inclinación, por mucho que en el conjunto predominen los cuentos y relatos novelescos, y aun aceptando que Ferlosio se revela en todas las modalidades como un consumado maestro.



## DIENTES, PÓLVORA, FEBRERO



Dos tiros habían rajado el silencio de la mancha, y a las voces del hombre saltaron los otros de sus escondites, y acudían aprisa, restregando y haciendo sonar la maleza, de la que apenas asomaban las cabezas y los hombros por encima de las jaras, mientras él los veía venir, con las piernas abiertas, inmóvil, con la escopeta en sus brazos, cruzada delante del pecho, y los miraba con toda su sonrisa, conforme iban llegando, uno a uno, y formaban el corro alrededor de la loba moribunda, que aún se debatía y manchaba de sangre los cantos rodados, en un pequeño claro del jaral, donde los cortos hilillos de hierba de febrero raleaban mojados todavía por el rocío de la mañana. El alcalde fue el último en llegar, cojeando y abriéndose camino con la culata de su arma, por entre la espesura de altos matorrales, a la mirada de todos los otros, que le abrían un hueco en el corro y guardaban silencio, como esperando a ver lo que decía; y primero miró unos instantes a la loba y después levantó la cabeza hacia la cara del que la había derribado y dijo:

—¡Sea enhorabuena, hombre, menos mal! —Le golpeaba el brazo con la mano abierta—. Vamos, has rematado con suerte y has conseguido que sea de provecho el empeño de todos. Esto redunda en beneficio del pueblo, y todos te lo tendrán que agradecer. Te felicito.

—Pues ya lo creo —dijo otro—. Hemos tirado un buen golpe, esta mañana. Ya lo creo que tenemos que estar de enhorabuena.

—Bien, hombre, bien —siguió el alcalde—. Ahí se experimentan los buenos cazadores. Te habrá dado gusto, ¿eh? —Mecía la cabeza, sonriendo—. Pues yo en toda mi vida todavía no he tenido la suerte de plantárseme un bicho de éstos por delante. Zorros, ya ves, de éstos me tengo trincados lo menos cuatro o cinco, éstos sí, que en casa andan las pieles de un par de ellos, el que las quiera ver. Pero de lobos, nada; sin estrenarme todavía. ¡Y el gusto que tiene que dar! ¡Vaya cosa que te entraría así por el pecho, ¿eh?, cuando la vieras a ésta pegar el barquinazo!... ¡Mira cómo se ríe! ¡Esta noche no duermes en toda la noche, capaz, reconstruyendo el episodio y recreándote con él!

—No duerme, no: ¡ni come! —se reía uno pequeño—. Lo mismo que si anduviera enamorado. Igual.

—Bueno, merece un trago, digo yo. No será para menos.

—Venga el trago —decía el alcalde, sujetándose la pierna coja con ambas manos, bajando el cuerpo trabajosamente, hasta quedar sentado a los pies de una encina. Vamos a ver ese trago...

Se le acercaba uno y le ofrecía una botella de anís, que contenía vino tinto:

—Ahí va, señor alcalde.

—No, no es así. Yo voy después. Primeramente al matador, que es el que ha coronado la faena. Le corresponde beber el primero.

—Sí, bien ganado se lo tiene.

—La suerte nada más —dijo el que había dado muerte a la loba, cogiendo la botella—; el albur, solamente, de romper el animalito por mi puerta y entrárame a la cara. Yo no hice más que cumplir. Si llega a entrarle a otro, pues igual. Igual habría cumplido.

Ya divisaban a lo lejos a los hombres que traían la batida, algunos de los cuales venían a caballo, y más cerca acudía también un pastor, muy aprisa, avanzando a empellones por la espesura de las jaras y blandiendo la garrota a una y otra parte, entre un rumor de arbustos sacudidos y tronchados, y preguntando a voces si había caído el lobo o qué había ocurrido, mientras los otros se abrían en semicírculo, para dejarle paso hasta la misma loba, que aún se seguía debatiendo en agonía, bajo los ojos sonrientes del pastor.

—¡Ah, que ya te conozco! —le decía meciendo la cabeza y amagando con el palo—. ¡Vaya si te conozco, amiga mía! ¡No te hacía yo tan grande, ya ves, pero no te confundo con otra, no tengas cuidado; ni entre ciento que hubiera te me despintarías! ¿Qué?, ¿te llegó la hora?, ¿no es eso? ¡No, si ya te lo decía yo! ¡Mal camino traías para morir en cama! ¿Te creías que te ibas a morir de vieja?, di, ¿que la ibas a escampar toda la vida?...

La loba se agitaba de costado y abría su boca sangrante, mostrando los colmillos, que mordían el aire en vacías dentelladas, fallidas entre la tierra y la fusca del suelo, como

queriendo segar los hilillos de la hierba naciente. El matador había cargado de nuevo su escopeta y ya les decía a los otros que se quitaran de delante, pero el pastor lo detuvo por un brazo.

—Quieto —le dijo—. No malgaste un cartucho. Déjeme a usted a mí, que de ésta me encargo yo ahora mismo, lo van a ver ustedes. No tire dos pesetas.

—Dos veinticinco —corrigió uno de ellos—; que ahora ya valen a dos veinticinco los de pólvora sin humo.

El pastor no le oyó, porque ya estaba vuelto hacia la grey que apacentaba en la vaguada, por las riberas del regato, y emitía vigorosos y largos silbidos, cuyo eco corría por las laderas, y repetía gritando los nombres de sus perros, dos blancos mastines que al fin aparecieron por entre las ovejas y venían despacio, remolones, meneando la cola, perezosos de tener que acudir a las llamadas de su amo, el cual continuaba incitándolos con voces crecientes, hasta que al cabo ellos mismos, a unos doscientos pasos de distancia, llegaron a recibir en sus olfatos los vientos de la loba, y de repente crisparon sus mansos movimientos y sus pacíficas figuras, como súbitamente erizándose de guerra, y ya rompían en furioso correr, y atravesaban rugientes la maleza, apareciendo a blancos saltos por cima de las jaras, hasta hincar sus colmillos en el cuello de la loba malherida, sacudiéndolo y desgarrándolo entre sus fauces, con opacos rugidos, mientras la voz del pastor los azuzaba, encendida y triunfante, desde el centro del corro, y los hombres miraban en silencio. Luego, no conseguía ya el pastor despegar de la presa a sus mastines, después que los hubo dejado cebarse en sus carnes un par de minutos; y en cuanto hacía por apar-

tarlos, metiéndoles el palo entre los dientes, se revolvían gruñendo contra él y retornaban, ensañados, a la garganta de la loba; la cual, cuando al fin la dejaron los perros, con todo el cuello desollado y macerado a dentelladas, aún conservaba, no obstante, un remoto y convulso movimiento de agonía. Y el pastor se acercó y le pisaba el hocico con la albarca y lo afianzó contra la tierra, y blandiendo en el aire la garrota, le rompió con un golpe certero la caja del cráneo, cuyos huesos crujieron al cascarse y hundírsele en el seso. Después el pastor se echó al suelo y se sentó junto a la loba muerta, y con la mano le anduvo rebuscando entre el pelo del vientre y tiró de un pezón y lo exprimía entre sus dedos, hasta sacarle un hilillo de leche, que saltó blanqueando entre las ingles de la loba y corría por su pelo de sombra y de maleza, a escurrir a la tierra, entre las verdes agujas de hierba de febrero. «Estaba criando», dijo el pastor al levantarse, mirando hacia los otros.

En esto ya venían los batidores y fueron desfilando por delante de la loba, contentos del resultado que había tenido la jornada, y después la quisieron cargar en un caballo, pero el caballo sentía repelucos y empezó a pegar coces y respingos y no se dejaba echar la loba encima, y la tuvieron que amarrar con una cuerda por el cuello y llevarla dos hombres; el uno la traía por el rabo y el otro por el cabo de la cuerda, y así no se manchaban con la sangre. Era una loba muy grande y arrastraban las patas por el suelo, conforme la llevaban, y ya acudían al encuentro de ella dos hombres de una huerta y un yegüero y una media docena de niños, a la salida de la mancha, cuando todo el tropel de cazadores venía descendiendo la ladera. Los chicos le hicieron mu-

chos espavientos y le tocaban el cuerpo maltratado, y algunos la agarraban por las patas, como si fuese por decir que ellos también la iban llevando con los hombres. Uno pasó toda la mano por la carne del cuello de la loba y la sacó llena de sangre, y luego gastaba bromas a las niñas, porque les iba con aquella mano, a mancharles la cara en un descuido. El alcalde venía retrasado, cojeando, con dos concejales, uno de ellos el que había dado muerte a la loba, y el pastor les andaba insistiendo que bajaran al chozo y pararan allí a mediodía, que él tenía mucho gusto de matarles un par de cabritos y aviarlos enseguida y que comieran todos, como haciendo una miaja de fiesta, ya que habían despachado tan temprano, que no serían ni las once, y ya les quedaría toda la tarde por delante para coger la camioneta y volverse hacia el pueblo a buena hora, porque él sentía que era el primero que les tenía que estar agradecido, y que un par de cabritos no irían a parte ninguna, equiparados al valor de los daños que le habían quitado de encima al ganado, dándole muerte a aquella loba tan golosa y tan tuna y perversa, y que además ya no había remedio, porque había mandado recado por delante, y ya sentía llorar a los cabritos, «escuche... ¿no los oye? —le decía—, ¿no siente cómo lloran?», que los estaban degollando ahora mismo, allá enfrente, en la majada.

La loba fue depositada junto al chozo y salieron a verla las mujeres, pero ellas no reían ni gozaban y sólo se detenían a mirarla un momento, así de medio lado, en el gesto de volverse a marchar enseguida, como quien mira una cosa deleznable, sin otra curiosidad ni otro interés que el de tener la certeza de que había sido aniquilada, y únicamente se encendía en el brillo de sus ojos la torva complacencia de

quien tiene delante a la víctima de una venganza satisfecha; en tanto que los niños se agachaban sobre ella y le pasaban la mano por el pelo y le cogían las patas, doblándole y desdoblándole los juegos inertes de las articulaciones, y le tocaban los ojos y le levantaban con un palitroque el bello ensangrentado, para verle los grandes colmillos que tenía; y finalmente los hombres la contemplaban sin agacharse hacia ella ni aproximarse demasiado, sonriendo, como quien mira una cosa ganada, la prueba y el signo de alguna proeza, un atributo de dominio, o, en una palabra: un trofeo. Había sacado el pastor dos garrafas de vino y todos se sentaron en un corro muy ancho, delante del chozo, mientras que las mujeres descuartizaban los cabritos y los echaban a la olla y los chavales señalaban al hombre que había dado muerte a la loba y que estaba sentado a la derecha del alcalde, y luego señalaban también su escopeta entre todas las otras que yacían alineadas a los pies de una encina, «con ésa le tiró y la mató», y luego un concejal, ya bebido, empezó en voz alta que en ningún otro pueblo sabían hacer lobadas más que ellos; ningún otro pueblo de los alrededores sabía combatir al lobo como hay que combatirlo; y que al lobo hay que combatirlo en su terreno, combatirlo con sus mismas astucias y artimañas; que el lobo había que combatirlo y no había que dejarle ni un día de descanso, porque si no el ganado jamás podría prosperar; que por los otros pueblos salían en busca del lobo como si fueran a robar una gallina, y así buena gana, así en su vida matarían un lobo; porque el silencio era lo primero que hacía falta para enganchar al lobo, y lo segundo no darle en el olfato, y lo tercero la constancia, como en todas las cosas de la vida, además, que sin cons-

tancia no se iba a ningún sitio ni nada se conseguía, más que enredar y hacer el tonto; y el lobo es un ganado muy astuto, decía, y camina diez leguas en una sola noche y es necesario exterminarlo, porque es un bicho que mata por matar, porque asesina cien ovejas y luego se come una sola, y eso sólo lo hace por malicia, por hacer daño y se acabó; que igual que una persona avariciosa. Y así paró de hablar y le aplaudieron y todos se reían, no tanto de las palabras que había dicho como de risa que les daba el hecho mismo de que echasen discursos, en este mundo, las personas; pero ya se sentía obligado también el alcalde a pronunciar unos párrafos, y dijo simplemente que, en nombre de todos, le daba las gracias al pastor por la atención y el incomodo que había tenido para con ellos, y que con ello demostraba ser un hombre consciente y que estaba en lo suyo, porque había sabido apreciar la voluntad del ayuntamiento y el beneficio que reporta una lobada en el circuito de la ganadería; y que había muchas personas ignorantes egoístas, o desagradecidas, que no quieren caer en la cuenta y se figuran que eso de una lobada son fantasías del ayuntamiento, que se organizan para divertirse sus componentes y chuparse un buen día de campo a expensas de todos los vecinos, y que decían que un lobo ni quita ni pone, porque los hay a cientos, y querrían trincarlos a docenas, y con ese pretexto se excusan de soltar una perra para el lobo; y que aquellas personas debían de tomar un ejemplo de este pastor, que cuando así lo hace será porque lo sabe, y que con aquello no hacía más que demostrar que tenía un poco de conocimiento de lo que era el ganado y lo que era el lobo; y el pastor sonreía escuchando al alcalde y asentía con gestos de cabe-

za, y luego dio las gracias, a su vez, diciendo que esa loba que hacía ya cuatro años que la tenía puesto el ojo y la venía reconociendo, lo mismo por la pinta que por el rastro que dejaba: que marcaba dos dedos un poco más abiertos, en la huella de la mano derecha; y que a menudo tenía su asunto por aquellas dehesas del alrededor y ya le había ocasionado bastantes daños y disgustos, que le tenía hasta acobardados a los perros, porque siempre los había breado, con carlancas o sin ellas, las tres o cuatro veces que se habían enzarzado; que por lo tanto aplaudía el que el ayuntamiento hubiese tomado cartas en el asunto, y mayormente con este final tan fructuoso con que habían acertado a ventilarlo en el viaje de hoy; y que a él no le debían agradecimiento ninguno, ya que no hacía más que corresponder, y en mucho menos de lo que merecían; y que él, por su parte siempre apoyaría, un poco, desde luego, pero que siempre apoyaría, en la estrecha medida de sus posibilidades.

De modo que con aquellas y otras arengas les dieron tiempo a los cabritos a alcanzar el final de su guisado y pronto se vieron aparecer, desde detrás del chozo, los rostros afofonados de las cuatro mujeres, ofuscadas ahora entre los velos del vapor que les subían de las artesas humeantes que traían en sus manos, en tanto que el pastor ya se había levantado y disponía dónde habían de dejarlas, repartidas por el corro, de forma que de cada una de ellas comiesen seis o siete hombres; y en todo miraba el pastor que estuviesen sus invitados atendidos de la manera en que él creía que pudiese resultarle de mayor agrado, y que no careciesen de nada, y luego, al verlos comer se reía, diciendo que cuántos años pasarían hasta volverse a ver su chozo rodeado de tan-

ta y tan estimable concurrencia, mientras siguiera guardando ganado por aquellos andurriales dejados de la mano de Dios. Había cuatro mujeres en el chozo, la una vieja, la otra joven, y de las dos de edad mediana, no sabían cuál era la de él; así que cuando luego, pasadas la comida y sobremesa, y ya empezando a decir que se marchaban, quisieron dar diez duros de propina por las molestias que se habían tomado, no sabían a cuál de las mujeres se los entregarían, ni se atrevían a preguntar; conque el alcalde, entonces, por salirse de dudas de una forma discreta, se dirigió hacia el pastor y empezó a preguntarle cuántos hijos tenía y cuáles eran de aquéllos; y él le dijo que cuatro, y dos se los señaló con la garrota entre un grupo de varios que jugaban debajo de una encina, con el gesto de quien escoge en el rebaño los borregos que desea salvar de la derrama; y otro mayor, dijo, que ahora lo tenía con el ganado por el monte; y el cuarto, se metía en el chozo a por él y lo sacaba en sus brazos, a la puerta, todo envuelto en toquillas de lana, y se lo enseñaba al alcalde, sonriendo, «mire qué lechoncito», entreabriéndole un poco los pliegues de la ropa, para que le pudiese ver la cara, allí dentro, ausente de expresión, los ojines cerrados, legañosos, apenas alentando, como todo él sumido, allí dentro, en un letargo de crisálida. «Hay que ver, cuatro meses», decía riendo el pastor, y volvía a arrojarlo; y el alcalde, a su vez comentaba: «Ya; ¡quién diría que esto es un hombre de aquí a veinte años, y le dará batidas a los lobos!». Y mientras el pastor metía nuevamente a su niño en el chozo, los demás ya se estaban levantando y recogían sus cosas, disponiéndose a ir hacia la carretera, para coger la camioneta y regresar al pueblo con el día. El yegüero de

antes había desollado a la loba y la había sepultado; y la piel ya la tenía preparada, mediante una armadura de cañas en cruz, como una cometa, de forma que se mantuviera extendida y tirante, hasta secarse por entero; y ahora todos la veían desde el camino, colgada de la rama de una encina, no lejos del chozo, donde a ratos el aire la mecía y la hacía girar lentamente.

*1-4 de marzo de 1956*